

técnicas no para ofrecerlas a un grupo privilegiado (como ocurre en los países capitalistas) sino para mejorar la vida de toda la población laboriosa. La labor doméstica ha quedado así sensiblemente simplificada. Gracias a la profusa cantidad de salas de cuinas, jardines de infantes, casas colectivas, cocinas colectivas, lavaderos mecánicos etc. etc., la mujer, la esclava de ayer, goza de tiempo suficiente no solo para el descanso y la diversión, sino además para dedicarse a las más variadas actividades.

Ya no es la triste vestal obligada a mantener el falso fuego sagrado... de la hornalla. Es la colaboradora del hombre en la construcción del socialismo. Enriquece su inteligencia, crea su propia personalidad, y despereza alegremente su espíritu, entumecido por largos siglos de servidumbre. Y por sobre todo, animada de un entusiasmo delirante por la obra de la revolución, a quien se desvive por servir.

Las udársnizy (4) a través de la estadística.

Ya en el año 1927 las mujeres sumaban un tercio de todos los estudiantes superiores. Correspondiendo un 25% a obreras, 25% a campesinas, y 36% a empleadas. Y lo más curioso es que muchas de esas «estudiantes» que concurren a la «Rabfak» (Universidad obrera) suelen ser respetables matronas, y tiernas madres de familia, por añadidura. Qué contraste con los países capitalistas, donde la madre obrera o campesina es una bestia de carga, y donde solo alguna que otra solterona ociosa puede darse el lujo de acudir al «templo de cultura», con el oculto propósito de cazar un novio con proyecciones a futuro proveedor.

Actualmente existen en la U R S S 100.000 mujeres dirigentes de grupo; 60.000 miembros de consejo de Koljoz (5); 28.000 jefes de brigada; 9.000 administradoras; 7.000 conductoras de tractores, y así sucesivamente.

Y que decir de la protección de la maternidad?... Lo que no ha conseguido la legislación burguesa en más de un siglo de liberalismo, ha realizado con creces la revolución proletaria en pocos años.

La madre soviética goza de dos meses de vacaciones antes del parto, y dos después, con el goce íntegro de su salario. He aquí un testimonio inequívoco del respeto por la maternidad. Todo eso sin los ditirambos sentimentales estilo burgués, que sólo disfrazan la indiferencia, cuando no el desprecio por la alta misión materna.

Emancipación sexual

Y nos queda aún otro punto, verdadera piedra de escándalo de la moral burguesa; nos referimos a la liberación sexual de la mujer soviética.

Como lógico complemento de la abolición de la propiedad privada, se procedió a la «liquidación» de la propiedad sexual, cuyo objeto fué la mujer desde milenias atrás.

Ya queda poca gente en la U R S S que considere a la mujer «como presa», empleando la gráfica definición de Marx.

Ninguna mujer soviética se ve obligada a recurrir al infanticidio, para borrar una «falta», que encuentra la más cruel de las sanciones en el código moral de la burguesía, hipócrita por excelencia.

En la Unión Soviética la madre soltera no es menos respetada que la casada. Tampoco existe allí la clasificación de hijos legítimos e ilegítimos. El niño soviético no carga con las consecuencias de las relaciones más o menos desordenadas que le dieron vida.

El Estado soviético solo interviene en las relaciones

sexuales en la medida que ellas puedan perturbar el normal desenvolvimiento de la sociedad.

No es que el Estado fomente el florecimiento de las «uniones desordenadas», como calificara Engeles las uniones libres. Al contrario. Prefiere siempre las uniones registradas (las únicas «legítimas» en los países capitalistas); como tiene por norma controlar todas las fuerzas productivas. Pero está muy lejos de considerar como inmorales las uniones libres.

Se ha comentado con alevosa intención desde la prensa y la literatura burguesa la pretendida disolución sexual en la U. S. Como en todo, se ha exagerado también aquí.

Es verdad que en el período inicial hubo una racha de licencia sexual, como explicable reacción del instinto genésico reprimido en la mujer a través de decenas de generaciones. Pero fué un período muy breve. No tardó en producirse una saludable contrareacción. La hermosa novela de Gumilevsky *Amor en libertad* nos ha hecho conocer las dramáticas alternativas de aquella crisis, hoy lejana y superada.

Actualmente las teorías sexuales de Alejandra Kolontay no cuentan con adeptos en la masa rusa.

Se admite la libertad de amar, mas no la licencia. Por lo demás, la juventud de ambos sexos tienen demasiado cariño por sus «piatiliyetka» (plan quinquenal), para exponerlas a peligros. Porque lo que necesita la U R S S hoy por sobre todas las cosas es mucha dinámica, mucha vitalidad; y nada la compromete tanto como los excesos sexuales.

La familia en la U R S S

Bajo la vigorosa acción social de los soviets se están operando verdaderos milagros en las relaciones familiares. A eso contribuye en gran parte el hecho de la emancipación económica de la mujer. Todas las mujeres deben desempeñar una labor socialmente útil, de acuerdo con su vocación. No es ya una carga para el hombre, y ha dejado por lo tanto de ser un objeto más de su propiedad.

Es así como la familia soviética, basada sobre la independencia económica de sus miembros, ofrece en la mayoría de los casos una hermosa síntesis de respeto recíproco, de lealtad, de afecto sincero. Es un verdadero hogar en la más alta expresión del vocablo, unido no solo por vínculos carnales, sino además por los espirituales. En tales condiciones pierde toda su razón de ser el adulterio por una parte, y la prostitución por la otra.

Y a propósito de la prostitución, todos los que observaron de cerca a la Unión, concuerdan en que esa vergüenza de todas las civilizaciones va desapareciendo allí rápidamente. Y esto se explica fácilmente en un país que como la U. S. no sufre desocupación, y donde el nivel de vida aumenta día a día. Cada vez hay menos mujeres dispuestas a tomar el camino del suicidio físico y moral. Y cada vez hay menos hombres que sienten atractivo por el amor venal, que denigra al que lo da y al que lo recibe.

La mujer soviética — expresión de la nueva civilización

La juventud femenina recibe en la U R S S una sólida educación sexual. Se le enseña no avergonzarse del instinto más poderoso de los seres vivientes. Pero se le enseña a la vez a manejar dicho instinto, y no a ser manejadas por él. Despojada de falsos pudores, la muchacha soviética sabe mirar de frente a la realidad biológica. Y está tan lejos del erotismo

(4) La gente más entusiasta y calificada de la Unión que forman las llamadas «brigadas de choque»

(5) Chacras colectivas.

morboso de nuestras muchachas «modernas», como de los meindres pequeño burgueses de la chica corriente.

En general se puede afirmar que las relaciones entre los dos sexos son un exponente de franqueza y cordialidad. Desde luego aún queda algo por hacer en ese sentido, si se recuerda el escaso tiempo que nos separa del estallido de la Revolución o sea la cierta gravitación del pasado. «El cadáver de la sociedad burguesa no se puede meter sencillamente en un ataúd y sepultarlo», dijo Lenin alguna vez...

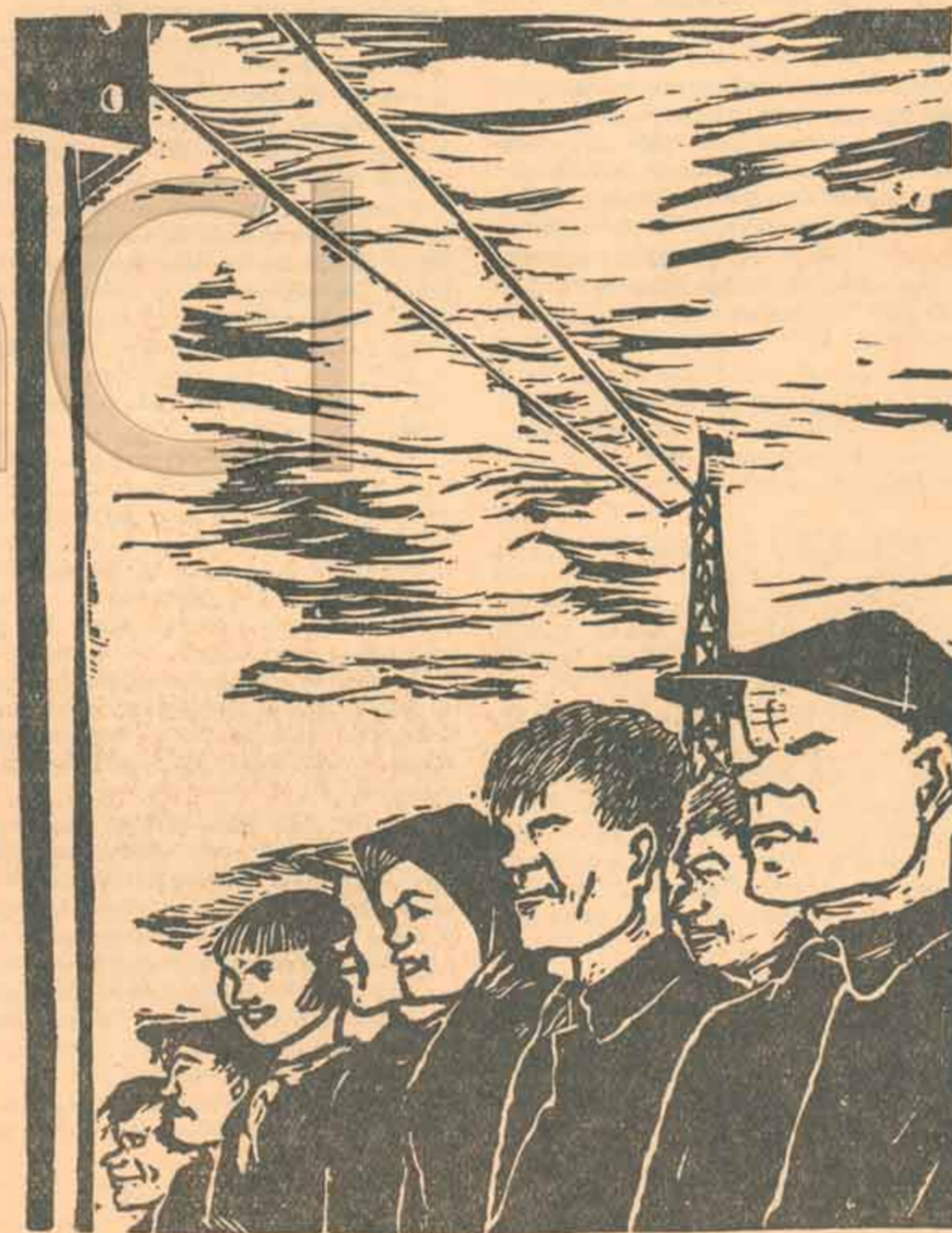
Resumiendo podemos manifestar que la mujer soviética, y sobre todo la joven comunista (*La Komsomolka*) está totalmente liberada de prejuicios. Es

decidida y optimista. La revolución ha encendido para ella miles de luces, y su ruta es radiante y segura.

Avida de conocer, de aprender y de construir, marcha aceleradamente hacia su superación. Y ya no es raro hoy ver a muchachas obreras y campesinas que se aventuran en sus ratos de ocio por los áridos campos filosóficos de un Hegel; o bien que gustan de la magia sonora de un Beethoven. Todo ello sin asomo de pedantería de nuevos ricos, y desde luego sin la displicencia decadente de las «chicas bien».

Espontánea, sencilla, cordial, es la *Komsomolka* la expresión cabal de una nueva civilización, la civilización proletaria.

R O S A S C H E I N E R



Grabado sobre linóleo

CLEMENT MOREAU